



SESIÓN DE PASTORAL VOCACIONAL

MARCO DE LA PASTORAL VOCACIONAL II

DOCUMENTACIÓN

Medellín, Colombia
Del 21 al 30 de enero 2015

PRA
DO

PRA
DO

SESIÓN DE PASTORAL
VOCACIONAL

**MARCO DE LA PASTORAL
VOCACIONAL II**

DOCUMENTACIÓN
Medellín, Colombia
Del 21 al 30 de enero 2015



VAHO
PRA
DO

LA PASTORAL VOCACIONAL EN EL PRADO

Robert Daviaud

Queridos amigos:

El cuidado del llamado de Dios está al centro de nuestro ministerio o bien de nuestra vida apostólica. Como lo indican las Constituciones del Prado: "Trabajaremos para que los pobres tengan su puesto privilegiado en la Iglesia y puedan expresar su fe. Nuestra tarea es la de formar entre ellos cristianos que crean, amen y se decidan a actuar según el Evangelio: 'La fe, el amor y la acción son los tres efectos que hay que intentar producir'. Junto con todo el Pueblo de Dios, debemos sentir todos nosotros la responsabilidad de suscitar, sobre todo entre los mismos pobres, vocaciones de sacerdotes y otros apóstoles consagrados a su evangelización" (C. 46).

«La pastoral de las vocaciones» es una de las cuatro recomendaciones de la última Asamblea General del Prado. Este tema nos concierne a todos, sea que nos encontremos en Iglesias que actualmente tienen la dicha de ver despertar muchas vocaciones particulares, sea que estemos en regiones del mundo que, por el contrario, conocen una grave crisis de vocaciones. Este ministerio es extremadamente importante y representa todo un reto para el futuro de la sociedad, de la Iglesia y del Prado.

Desde el principio de su vida pública, Jesús al mismo tiempo que se dirige a las multitudes, comienza por llamar a algunos discípulos para que estén con él y reciban una larga formación que hará de ellos los pilares de la proclamación del Evangelio. Cada comunidad eclesial, cada pastor, cada apóstol debe, en este sentido, imitar a Cristo que llama a algunos a una vida totalmente consagrada a Dios y a los hombres, para que toda la Iglesia sirva al Reino al centro de nuestras diversas sociedades y culturas. De esto depende la transmisión de la memoria de Cristo y de la existencia de comunidades fervientes de discípulos para las generaciones futuras.

La evangelización de los más pobres coloca rápidamente al Padre Chevrier ante este llamado de buscar sacerdotes, hombres y mujeres capaces de trabajar con alegría y determinación para esta meta. Un año después de la Navidad de 1856, él se expresa así: “Prometo a Jesús buscar hermanos de buena voluntad que se asocien conmigo en la misma vida de pobreza y de sacrificio, a fin de trabajar más eficazmente en nuestra salvación y en la de nuestros hermanos, si esa es su voluntad”. Sabemos que el llamado y la formación de apóstoles pobres para los pobres son una de las dos facetas del carisma del Prado, como lo evoca la inscripción grabada en la tumba del Padre Chevrier, que utiliza una doble fórmula: «de rudibus instruendis», «de clericis educandis». Es decir, cuán importante es el servicio al llamado de Dios para nuestra familia espiritual. 30

I - INICIATIVA DE DIOS, RESPUESTA DE LA PERSONA.

«La vocación» es, en primer lugar, trabajo de Dios. Es una iniciativa que proviene de la Trinidad, tal como lo resalta el Padre Chevrier: «Son necesarias tres cosas para la vocación: elección del Padre, llamado del Hijo y gracia del Espíritu Santo» (Ms 10/17a). Nos recuerda en repetidas ocasiones la cita: “Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió” (Jn 6,44), o bien: “No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes” (Jn 15,16). De esta manera encontramos en el origen de toda vida consagrada, de toda vida de sacerdote, el trabajo de Dios que es, primeramente, un acto de amor respecto a aquel a quien llama. Pueden meditarse muchos textos de la Escritura (les indico algunos en la propuesta de Estudio de Evangelio que sigue a esta carta). Aquí tan solo menciono algunos.

1 - De la iniciativa humana al llamado de Dios: Moisés.

(Hch 7,17-43)

En su discurso, Esteban muestra cómo, de cierta manera, Moisés anticipa a Jesucristo. Moisés hace una entrega. Él es el jefe, liberador. De cierto modo está situado entre Dios y los hombres.

Él mismo encuentra fuertes oposiciones (cf. TOB, Hch 7,25 nota e). Es interesante comprobar cómo su vocación se desarrolla en tres etapas de cuarenta días. Aunque Abraham respondió siguiendo el llamado del Señor, el camino fue más difícil para Moisés. ¡No fue sino al cabo de 80 años que comprendió su vocación divina!

La primera etapa (20-22) nos presenta la educación de Moisés: «Era muy hermoso delante de Dios». Instruido en la sabiduría de los Egipcios, «llegó a ser poderoso en palabras y obras». Parece no faltarle nada para tener éxito en la vida.

La segunda etapa (23-29) nos muestra la solidaridad y el fracaso de Moisés: «Al cumplir cuarenta años, sintió un vivo deseo de visitar a sus hermanos, los israelitas». A pesar de la educación protegida que recibió, en el fondo de su corazón conservó sus raíces y sus lazos con su pueblo, cuya opresión descubre. Muy pronto se enfrenta a la injusticia y a la violencia. Incluso sus hermanos lo rechazan sin miramientos: «¿Quién te ha nombrado jefe o árbitro nuestro?» Seguro de su fuerza, “Moisés pensaba que sus hermanos iban a comprender que Dios, por su intermedio, les daría la salvación. Pero ellos no lo entendieron así”. Vemos la desilusión. A partir de su iniciativa propia y de su proyecto de liberación, Moisés fracasa. La generosidad no basta. Incluso debe escapar, convertirse en emigrante en un país extranjero. Ahí, en el anonimato, rehace su vida en el país de Madián, donde tiene dos hijos. ¡La ambición de liberar a su pueblo parece muy lejana!

La tercera etapa (30-40) permite a Moisés descubrir su verdadera vocación como una vocación divina. Dios viene a buscarlo. Durante largos años, Moisés tiene que vivir con su amargura y quizá poco a poco se deja purificar y convertir. Ante la zarza ardiente no huye, sino que se acerca a ver. Dios revela quién es: «Oyó la voz del Señor», en este momento, atemorizado, no osa mirarla. “Quítate las sandalias porque estás pisando un lugar sagrado. Yo he visto la opresión de mi Pueblo que está en Egipto, he oído sus gritos de dolor, y por eso he venido a librarlos. Ahora prepárate, porque he decidido enviarte a Egipto”. 31

Para Moisés, la inversión se completa. Primero, había actuado a partir de sí mismo, a partir de su visión y de su comprensión del sufrimiento de sus hermanos, como si él mismo pudiera ser quien velara y liberara a su pueblo. Ahí, se da cuenta de que Dios es quien vio la miseria de su pueblo, y que él es quien quiere liberarlo. El desierto donde se encuentra se vuelve una tierra santa donde Dios se da a conocer. El llamado es una iniciativa de Dios. Moisés descubre su lugar en la obra de Dios, de la cual será instrumento y siervo. Fue necesario mucho tiempo, etapas duras, para que comprendiera su vocación divina.

El discurso de Esteban nos muestra cómo la vocación está ligada a la misión. A partir de ahora, se trata de servir a la liberación que Cristo nos da en el misterio pascual, de compartir su compasión y su mirada hacia la miseria de la gente, de lavar a los hombres del mal que los atrapa o del que son responsables, restableciendo así la comunión con Dios y la fraternidad posible entre los humanos. Esta participación en la salvación solamente es posible si la unión con Cristo permanece fuerte, si él es el verdadero arquitecto en el Espíritu Santo.

2 - La mirada de Cristo hace posible la respuesta.

(Mc 10,17-31)

En este texto se menciona en tres ocasiones la mirada de Jesucristo: primero, con el hombre rico: «Jesús lo miró con amor» (21), luego en el versículo 23: «Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios!» y, finalmente, ante el asombro de sus discípulos que se preguntan: «¿Quién podrá salvarse?» se nos dice: «Jesús, fijando en ellos su mirada, les dijo: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para él todo es posible» (26-27).

En los evangelios, la mirada de Cristo algunas veces puede estar llena de ira ante el endurecimiento de los corazones y la incredulidad. Puede estar llena de compasión ante las multitudes sin pastor o ante aquel que sufre. Aquí, es el amor de Dios lo que

se expresa en toda su perfección. La biblia nos dice cómo desde mucho tiempo atrás, el amor del Señor se encontró al origen de la elección de Israel. En el encuentro con el hombre rico, Jesús muestra la relación entre su mirada y el amor que expresa a aquel que llama. Es una mirada de confianza y de aprecio que quiere permitir un crecimiento, un capital paso adelante hacia una existencia realizada, hacia la vida eterna.

El llamado de Cristo es particularmente elevado, hasta el punto de provocar el rechazo del hombre rico, hasta el punto de suscitar la indignación de los discípulos. Solo a algunas personas les pide Jesús que lo abandonen todo para seguirlo, que se liberen de todo apego material y familiar «por él y por la Buena Nueva». A algunos, como a Pedro que afirma: «¡Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido!», se les invita a adoptar el mismo estilo de vida que adopta Jesús para vivir la misión del Padre.

Comprendemos que a los ojos humanos, esto parece imposible. En efecto, solo la mirada de Jesucristo permite responder al llamado: «¡Ven y sígueme!». Aquel que acepta esta presencia del Señor, esta amistad, esta unión, puede encontrar la fuerza de dejarlo todo y tomar el camino. Conservemos una conciencia viva de esta mirada de amor de Cristo, sin la cual ninguna vocación particular puede mantenerse en verdad. El hombre rico del Evangelio, finalmente, no comprendió cuál es el verdadero bien, lo que le faltaba: recibir en su existencia la presencia misma del Salvador, vivir todo el tiempo bajo su mirada. 32

3 - La pobreza como condición.

Toda vocación, y en el Prado nosotros somos particularmente sensibles a ello, supone un verdadero espíritu de pobreza, en seguimiento de Cristo pobre y humilde. El Espíritu Santo es quien nos incita a vivir esta dimensión y hacerla posible. Esta pobreza evangélica del apóstol es la que permite despojarse para adquirir la verdadera riqueza de la unión a Jesucristo, la que da el valor profético y la verdadera libertad apostólica. Tres frases clave del Evangelio expresan bien esta dimensión:

- A propósito del hombre rico que evocamos anteriormente: «Jesús lo miró con amor y le dijo: «Sólo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme» (Mc 10,21). Aquel que se siente llamado, ¿cómo puede renunciar de espíritu y de corazón a todos los bienes de la tierra para seguir al Enviado del Padre, al aceptar la mirada de amor del Señor?
- Durante el envío de los doce en misión, «Jesús llamó a los doce... y les dijo: ‘No lleven nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tampoco dos túnicas cada uno’» (Lc 9,3). Se trata de adoptar el modo de vida que tomó Jesús en su misión. El sacerdote es un hombre despojado, despejado de lo inútil para apoyarse mejor en la “Providencia”.
- Después de haber anunciado su pasión y su resurrección, Jesús pide: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga» (Lc 9,23). Esta cita es la base de la segunda parte del “Verdadero Discípulo”. No se puede trabajar en la obra de Dios sin compartir el sufrimiento y la vida entregada de Cristo por amor al Padre y a la humanidad.

¡Que el Espíritu Santo libere a quienes son llamados de la preocupación exclusiva de sí mismos y les permita cargar la cruz de Cristo con perseverancia y confianza!

II - EN EL PRADO, SERVIR AL LLAMADO DE DIOS

No es el objetivo directo de esta carta, pero me gustaría resaltar cuánto nos concierne el servicio a la vocación de toda persona humana, en particular de cada joven, de cada niño. Todos somos creados a imagen y semejanza de Dios. Todos somos portadores de un don original de Dios que hay que descubrir y desarrollar. A todos se nos invita, durante nuestro corto paso por la tierra, a encontrar nuestro lugar, a trabajar, a amar, a honrar al creador mediante nuestra manera de vivir y de tomar nuestras responsabilidades. Esta preocupación está al centro de nuestro apostolado, especialmente con los más pobres, aquellos para quienes es difícil existir y ser reconocidos.

Por supuesto, somos sensibles a servir al llamado de Dios para que se desarrolle la comunidad de los discípulos de Cristo: «Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación», afirma el Señor Resucitado (Mc 16,15). Nuestra labor misionera nos vuelve atentos a este anuncio de la Buena Noticia, a que la memoria de Cristo siga viva. Siempre es una gran alegría presidir el bautismo de un adulto, un joven o un niño. Se trata de servir al llamado a la santidad de todo el pueblo cristiano. 33

Aquí, pongo más atención a las vocaciones particulares, en la vida consagrada o bien en los ministerios ordenados. En las visitas que hago a los pradosianos en las diferentes regiones del mundo, estoy muy atento a este punto. Es una acción de gracias ver desarrollarse las vocaciones particulares en muchas Iglesias. Pero todo puede rápidamente volverse frágil y entonces, por todas partes, surge la pregunta del buen discernimiento y de la calidad de la formación. Por otro lado, es un sufrimiento compartido cuando nos encontramos con hermanos presentes en Iglesias donde las vocaciones particulares se enrarecen. Esto sumerge a las comunidades en una verdadera pobreza. Entonces, los laicos pueden correr el riesgo de ya no encontrar suficientemente el buen alimento de la Palabra de Dios y de la Eucaristía. En más de una ocasión he compartido el dolor de tal o cual sacerdote que realmente ha tratado de llamar jóvenes, sin ver resultados para sus gestiones. La ausencia de vocaciones cuestiona directamente la pertinencia de la fe en Jesucristo al centro de la sociedad en la que nos encontramos. Abandonarlo todo, entregar la vida en seguimiento de Cristo, a largo plazo, constituye un testimonio indispensable: el que indica que la fe en Dios y el servicio al Reino ameritan una entrega total de sí mismo. El ejemplo de Pablo y Bernabé es capital para la misión: «[ellos] han consagrado su vida al nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Hch 15,26).

1 - Una atracción interior.

El padre Chevrier nos dejó un criterio esencial: «¿Sientes un impulso interior que te lleva a Jesucristo? Un sentimiento lleno de admiración por Jesucristo, su hermosura, su grandeza, su bondad

infinita que le hace bajarse hasta nosotros, sentimiento que nos toca y lleva a entregarnos a él». Notemos el doble movimiento: En primer lugar, Jesucristo es quien viene a nosotros, su Espíritu abre el corazón; y al mismo tiempo, la persona es quien se deja tocar y decide entregarse a él.

Numerosos textos precisan las dimensiones de esta atracción (cf. VD 120-121, L 53, L 63, L 181, Reglamentos 106,176). La atracción concierne a la persona de Jesucristo, su pobreza, su vida entregada, su caridad. En la persona hay un deseo de conocerlo mejor, amarlo y seguirlo más de cerca. La atracción concierne al mismo tiempo a la misión, el compartir la mirada teológica de Cristo. ¿Qué vemos? Un sufrimiento ante las necesidades de salvación de los pobres y un deseo intenso de dar a conocer a Jesucristo, de «hacer el catecismo» a los niños y a los jóvenes, de formar sacerdotes para ello.

Esta doble atracción por Cristo pobre y por los pobres de nuestro tiempo no puede vivirse individualmente. De ahí el sentido de la comunidad indispensable para que se concrete esta atracción. "Venga, escribe el Padre Chevrier al Padre Gourdon, y puesto que Dios le ha concedido el sentirse atraído por la pobreza, ya estamos espiritualmente unidos en nuestro Señor" (L 53).

Y en una carta a la hermana Verónica: "Para usted y para todos los de la casa no pido a nuestro Señor otra cosa que el gusto espiritual por dar bien el catecismo, el amor a la pobreza y la caridad. Si podemos crecer en esa atracción y en el amor a nuestro Señor, tendremos todo conseguido... Quien no sienta esta atracción o no quiera entregarse a ella, no es para nosotros" (L 181). 34

2 - Tender a la perfección.

El descubrimiento de la atracción lleva a tomar una decisión. ¿Cómo va a transformarse esta atracción en unión durable a Jesucristo y a su cuerpo que es la Iglesia? Si esta atracción viene del Espíritu Santo, ¿cómo va a provocar una verdadera obediencia a Dios y a las mediaciones que la Iglesia establece? ¿Cómo identificar y cultivar las aptitudes necesarias para responder a esta vocación?

«¿A qué nos llama? ¡A la perfección!» La vocación pradosiana, pero también aplica para muchas otras vocaciones, invita al sacerdote o al laico consagrado a tomar el camino de la santidad, más precisamente a seguir a Jesucristo en su vida perfecta. Personas ordinarias, con las capacidades y debilidades que marcan su humanidad son llamadas, como lo precisa el Padre Chevrier, a tender a la perfección. En el fondo de su corazón hay una exigencia de santidad que se vive al centro de la misión. De hecho, es una relación de amor: «el que aspira a la perfección no ve más que a Jesucristo, ama a Jesucristo y pone a Jesucristo ante todas las cosas. Gusta y busca imitar lo más fielmente posible a aquel a quien ama» (cf. VD 120-121).

Se trata de una «gracia de haber sido elegidos, vocación particular» que las Constituciones concretizan en el Compromiso al Prado, Instituto Secular, “en forma de promesa que ata la conciencia ante Dios, la Iglesia y el Instituto” (C. 83); promesa que, como los votos de los religiosos, concretiza los Consejos Evangélicos, según el camino que grabara el Padre Chevrier en el Mural de Saint Fons. ¿Cuáles son estas personas a quienes el Señor invita a tomar un camino como este hoy en día, en la condición secular de un sacerdote diocesano o de un laico inmerso en la vida más concreta? ¿Cómo manifestar la grandeza de este camino?

Sin embargo, no olvidemos el realismo del apóstol de la Guillotière y su preocupación por verificar la aptitud concreta de un joven para responder al llamado de Dios de convertirse en sacerdote. Uno de los puntos a los que era especialmente sensible, según François Duret, era el de las capacidades de juicio. Se mostraba muy vigilante a este respecto en el reclutamiento de los alumnos de la escuela clerical. La buena voluntad y la piedad no bastan cuando falta juicio y sentido común. Se trata de elegir hombres que den signos de un juicio seguro (cf. Les cahiers du Padre François Duret [Cuadernos del Padre François Duret], p.89, Documento del Prado 2008).

Entre las aptitudes ineludibles, está la de volverse capaz de trabajar en la evangelización de los pobres: «Para hacer el trabajo

material, afirmaba el Padre Chevrier, encuentro muchas personas, pero para hacer bien el catecismo, poner la fe, el amor de Nuestro Señor en las almas, hay muy pocas, casi ninguna». El Prado es una gracia de unión a Jesucristo en su misión de Enviado del Padre ante los pobres, los ignorantes y los pecadores. Al centro de nuestras diócesis, al igual que al centro de la Iglesia universal, este es nuestro servicio, nuestro oficio. La misión del Prado es dar a nuestras Iglesias apóstoles competentes para la evangelización de los pobres. Cuando un sacerdote pronuncia su Compromiso, el obispo y la Iglesia diocesana son los que reciben de Dios a una persona disponible y capaz, para que pueda realizarse la evangelización de los pobres. 35

III - ¡LLAMAR HOY EN DÍA, DONDE ACTÚA EL ESPÍRITU SANTO!

No nos faltan largas reflexiones sobre la pastoral de las vocaciones. La dificultad es encontrar los caminos efectivos del llamado. Esto supone mucha humildad y determinación. No olvidemos el mandamiento de Cristo que condiciona toda iniciativa: «La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha» (Mt 9,37-38).

Acabo de resaltar la importancia de la oración por las vocaciones. Añadiré enseguida la necesidad de que toda la **comunidad cristiana** se vuelva convocante, sin dejar de reconocer que algunas personas pueden haber recibido de Dios un don particular para llamar y poner en camino. Aquí hablamos de las vocaciones particulares, incluyendo la del Prado. Pero no olvidemos cómo las comunidades tienen un papel para proponer el bautismo, la confirmación o el matrimonio cristiano.

Cuando los sacerdotes o las personas consagradas cuentan su vocación, la mayoría de las veces evocan a un sacerdote o a una hermana que, un día, les planteó claramente la pregunta de un seguimiento radical de Jesucristo. Este fue el caso para Antonio Chevrier, cuando un vicario de la parroquia de San Francisco le propuso convertirse en sacerdote. Ese fue mi caso, como también

el de muchos de ustedes. En la biblia, Jesús mismo llama a tal o cual persona. Entonces, aquí tenemos una gran responsabilidad misionera. Desde que soy sacerdote, ¿cómo he cumplido con este ministerio? ¿A quién he llamado? Hoy en día, **¿a quién podría llamar?** ¿En qué niño, joven o adulto discerni una atracción que proviene del Espíritu Santo? Puede haber muchos rechazos o fracasos. Pero la urgencia de la misión nos hace continuar con fe este servicio efectivo de la pastoral vocacional.

Para llamar, es necesario que haya encuentro, proximidad, **testimonio radiante y legible**, una alegría, una fraternidad comunicativa. ¿Qué lugares y meditaciones van a permitir posibles llamados? Cada Iglesia tiene que reflexionar sobre esto. En cuanto a la vocación pradosiana, el Señor y la preocupación por los pobres pueden trabajar sobre personas de todas condiciones: tanto jóvenes de medio modesto como otros de clases elevadas de la sociedad. No faltan ejemplos en nuestra familia. Entonces, ¿cómo dar a conocer a todos el carisma del Prado? Con frecuencia, en los encuentros entre pradosianos he oído que para entrar en comunicación es deseable poner atención al lenguaje utilizado y a las condiciones, para que nuestro testimonio sea recibido por la gente de nuevas generaciones, necesariamente diferentes en parte a las precedentes.

Dios dio a la Iglesia **la figura del Padre Chevrier**. Durante el año sacerdotal, me vi felizmente sorprendido por el interés de muchos sacerdotes y seminaristas respecto al testimonio que dejara el fundador del Prado. La gente reconoce en él un camino de santidad, precisamente en la articulación de una unión excepcional a Jesucristo y de un servicio audaz y creativo para la evangelización de los pobres. ¿Cómo apoyarse en esta figura y darla a conocer? De una manera algunas veces sorprendente, la narración de su vida y de su apostolado sigue siendo de gran actualidad. ¿Cómo permitir a los jóvenes que vayan en peregrinación a Lyon y, en los diferentes países, cómo hacer accesible el testimonio del santo de la Guillotière?

Un punto de apoyo capital se encuentra en la centralidad del conocimiento de Jesús, en la manera en la que el Padre Chevrier meditó la **Palabra de Dios** e hizo oración. Los miembros del Prado con frecuencia se identifican a partir de su estudio del Evangelio y de la manera sencilla y profunda en la que hablan de Jesucristo en relación con la vida concreta. ¿Cómo hacer que se experimente este conocimiento de Jesucristo que se da a conocer a la luz de las Escrituras, proponiendo abiertamente el «método» del Padre Chevrier? 36

¿A nosotros también nos identifican por la radicalidad de nuestro propio llamado, por el tiempo que tomamos para la **oración silenciosa**, el tiempo de la oración personal, la oración cotidiana al Espíritu Santo? ¡Sin duda tenemos que resaltar más la importancia de la Eucaristía y de la liturgia en nuestra vocación misionera! Sabemos en qué medida funda la caridad pastoral el tercer postigo del Mural de Saint Fons sobre el «Tabernáculo». Además, me sorprendió en algunos países la manera en la que los pradosianos se preocupan por formar a los ayudantes de la misa, haciendo de ellos siervos de Cristo Eucarístico en la iglesia y en toda su vida. Resalto también la práctica en algunos Prados de la adoración eucarística, lugar de contemplación y de disponibilidad apostólica.

La **creatividad misionera y el compromiso ante los pobres, al centro de la diócesis**, pueden suscitar una atracción real. Esta es nuestra manera de servir a la Iglesia. Esta elección de estar disponibles para los lugares y los ministerios más difíciles puede ser muy elocuente si se vive en la confianza en Dios y en la alegría. ¿De qué manera la comunidad pradosiana de la diócesis da testimonio de un impulso misionero, de una inteligencia renovada de la misión?

¿De qué manera nuestra forma de ser sacerdotes o bien de ser laicos consagrados desarrolla las grandes intuiciones del Padre Chevrier: proximidad, anuncio sencillo y profundo del misterio de Jesucristo, fraternidad, acompañamiento de grupos lo más cerca posible de la población, rencontrando así el dinamismo de

las primeras comunidades cristianas (templos de las parroquias, equipos de acción católica, pequeñas comunidades, grupo de jóvenes, formación de apóstoles pobres...)?

Nosotros vivimos esta manera renovada de vivir la misión al centro de nuestras diócesis, en medio de todos los actores de la Iglesia. Pero ¿prestamos atención también a la **misión del Prado en tanto que Instituto**? ¿Qué iniciativas son posibles para dar a descubrir esta vocación (revista, propuestas de retiros, campamento de jóvenes, semana de espiritualidad, peregrinación alrededor del Padre Chevrier...)?

El Padre Chevrier buscaba hombres y mujeres para compartir su amor a Cristo y su pasión de darle a conocer a los pobres. Sin duda hay que desarrollar una pastoral de las **vocaciones pradosianas** y esto, a nivel de la totalidad de nuestra familia. ¿Cómo preocuparnos por discernir personas que podrían descubrir el carisma que dejara el Padre Chevrier, y esto empezando por los niños y los jóvenes? ¿Cómo estar atentos a lo que puede vivirse en las familias o en diversos grupos de jóvenes? ¿Cómo proponer un camino de maduración y de preparación al sacerdocio que tenga en cuenta esta atracción por la vocación pradosiana? En ciertos casos excepcionales, ¿por qué no proyectar un camino que lleve a una incardinación en el Instituto, a fin de que algunos miembros estén particularmente disponibles para el servicio del Prado y su misión? (cf C.111).

Me gustaría concluir evocando el **Seminario del Prado**. Las formas de este lugar de formación han variado y pueden todavía variar en el futuro. Pero es un bien precioso cuyo principio se remonta al Padre Chevrier. Es vital que pueda continuar su misión pues recuerda a todos los miembros de nuestra Asociación en qué medida el llamado y la formación de apóstoles pobres son constitutivos de nuestro carisma. 37

Repito aquí las tres condiciones actuales que pueden permitir a alguien ser recibido en el seminario internacional de Limonest:

- Aquel para quien la formación desarrollada a partir del carisma del Prado pueda parecer, para el Obispo que lo envía o para el interesado, como un camino benéfico para el desarrollo de su vocación de sacerdote diocesano.
- Aquel que manifieste una atracción por la vocación pradosiana y que desee ser formado, enviado por su Obispo, en una institución que vive de este carisma, antes de regresar a su diócesis.
- Aquel que se sienta llamado a consagrar su vida al servicio del Prado y de su misión y cuya solicitud sea aceptada por el Responsable General. Este encaminamiento tiene como finalidad una incardinación en el Prado luego del Compromiso Perpetuo en el Instituto Secular.

En conclusión.

Una dimensión importante de nuestra misión es llamar y formar personas totalmente unidas a Jesucristo y a su misión ante los más pobres, hasta el punto de consagrar a ellos la totalidad de su existencia. A través de la entrega de la propia vida, permiten que todas las demás vocaciones eclesiales puedan expandirse. Particularmente están todos estos laicos que dan testimonio de fuertes compromisos al centro de la sociedad o de aquellos que garantizan muchos servicios para que la Iglesia sea viva y verdaderamente misionera.

¡Padre Chevrier, sostenenos en tu oración, a fin de que tengamos tu tenacidad para buscar y formar apóstoles pobres para los pobres, los que sufren y los desdichados de nuestro tiempo!

¡María, que tu respuesta confiada al llamado de Dios y tu cooperación a través del Espíritu Santo en la obra de la salvación nos alienten a acompañar a quienes son llamados hoy a servir la venida de Cristo y de su Reino!

¡Padre, dueño de los sembrados, envía trabajadores donde los pueblos necesitan particularmente la salvación y el testimonio del Resucitado!

29 de junio de 2011, en la fiesta de San Pedro y San Pablo

Documentos varios.

« La règle du disciple » - « Les Ecrits sur le sacerdoce » [La regla del discípulo- los Escritos sobre el sacerdocio] – Estudios de los manuscritos del Padre Chevrier, Yves Musset, 1992.

« Réflexions sur le ministère ordonné » [Reflexiones sobre el ministerio ordenado] en las « Lettres aux pradosiens » [Cartas a los pradosianos] Antonio Bravo, 2010.

« Servir l'appel de Dios » [Servir al llamado de Dios] en « La puissance de la Résurrection » [El poder de la Resurrección] - Robert Daviaud, 2007.

« Directoire Général de la formation » [Directorio General de la formación] – Consejo General, 1991.

« Former des prêtres selon l'Évangile » [Formar sacerdotes según el Evangelio] - Charte du Séminaire du Prado [Carta del Seminario del Prado], 2007.

VAHO
PRA
DO

ESTUDIO DE EVANGELIO: LA PASTORAL VOCACIONAL EN EL PRADO

Varios caminos en la Escritura pueden trazarse para hacer estudio de Evangelio y meditar sobre este tema del llamado de Dios. Toda la Biblia está recorrida por el testimonio de hombres y mujeres que fueron llamados por el Señor para colaborar en su obra de salvación al centro del mundo. He aquí una de las rutas posibles para ponernos a la escucha del Maestro, del Enviado de Dios.

1 - Llamado y enviado en seguimiento de Jesucristo, Enviado del Padre.

- Un envío basado en la fe y el amor (Jn 20, 19-23) (Jn 21, 1-19).
- Llamado de los primeros discípulos y primeros contactos con las multitudes (Lc 5, 1-11) (Mc 1, 14-20).
- Jesús, el Enviado y el Maestro, para la gloria del Padre y para la salvación del mundo (Lc 4, 14-21) (Jn 1, 1-18) (Jn 13, 1-17) (Jn 17).
- Librar del mal y permitir la comunión con Dios así como una nueva fraternidad.
- Asociarse a la compasión de Dios por su pueblo. (Mt 9, 35-38) (Mt 10, 1-42).

2 - Personas precisa, para estar con Dios en su misión.

- Abraham (Gen 12, 1-9) Samuel (1 S 3, 1-18) María (Lc 1, 26-38) San Pablo (Hch 9, 1-19).
- Una atracción poderosa, un fuego que devora. Moisés (Ex 3, 1-12) Jeremías (Jr 20, 7-13) Pablo (Fil 3, 7-14).
- De la iniciativa del hombre a la de Dios. Las tres etapas de la vocación de Moisés (Hch 7, 20-38) 40.

3 - Las condiciones de la respuesta al llamado de Dios.

- La confianza y la fe. «¡No tengan miedo!» (Lc 5, 1-11).
- Aceptar la mirada de amor de Cristo (Mc 10, 17-31).
- Prontitud y obediencia (Lc 1, 26-38).
- La pobreza, obstáculo de la riqueza (Mc 10, 21) (Lc 9, 3).

- Tomar el camino pascual, sufrir (Lc 9, 23) (1 P 2, 20-25).
- La alegría y el entusiasmo (Lc 10, 17-24) La acción de gracias (Mt 11, 25-30).

4 – Una Iglesia de llamados que llaman.

- Convocatoria de la multitud de los discípulos para la elección de los Siete (Hch 6, 1-7).
- Personas, puntos de apoyo (Hch 9, 10-19).
- Una comunidad de llamados (Rm 1, 1-7) que déjà partir en misión (Hch 13, 1-3).
- Diversidad de los carismas para el bien común (1 Co 12, 1-31).
- Respuesta al mandato de Cristo «¡Rueguen al dueño de los sembrados!» (Mt 9, 35-38) 41.

REVISIÓN DE VIDA: LA PASTORAL VOCACIONAL EN EL PRADO.

Servir al llamado de Dios se acompaña de la oración para permanecer en la fe en la acción primera del Espíritu Santo y para permanecer bajo su influencia. La Revisión de Vida es entonces valiosa para alentarnos fraternalmente en este ministerio tan importante de servir a la libertad profunda de las personas en su respuesta al llamado de Dios. Aquí tomamos en cuenta más particularmente el discernimiento y el acompañamiento de las personas llamadas a una vocación particular al interior de la Iglesia católica y en el Prado.

VER:

Cada uno puede aportar un hecho preciso concerniente a su responsabilidad ministerial de llamar a las personas a seguir a Jesucristo más de cerca en una vocación particular. Este hecho puede desarrollar temas diversos:

- Una iniciativa tomada para interpelar directamente a alguien, en vista de convertirse en diácono permanente, sacerdote, persona consagrada o bien para convertirse en miembro del Prado.
- El tiempo de oración por las vocaciones, de manera personal y con la comunidad cristiana.
- Mi lugar en las iniciativas de mi parroquia o de la diócesis para una motivación real a este respecto.
- Un hecho sobre mi atención y mi presencia para los seminaristas, sobre mi apoyo a hermanos sacerdotes, a fin de que el servicio al llamado de Dios siga siendo prioritario.
- Una iniciativa tomada por el Prado mismo en dirección de las vocaciones. 42

JUZGAR:

Lo esencial es dejarnos iluminar y guiar por el Espíritu Santo, por la Palabra de Dios y por el discernimiento de los hermanos en el equipo.

- En el hecho que elegimos y analizamos, ¿qué aspectos revelan situaciones humanas de hoy? ¿Los puntos de apoyo para el llamado y la respuesta? ¿Los obstáculos y las resistencias? ¿Mis propias preguntas o resistencias personales?
- ¿Cómo es posible discernir una «atracción» que viene de Dios y poder hacerla crecer? (atracción por la persona de Jesucristo y atracción por la misión ante los pobres).
- ¿Cómo identificar la intención firme, la aptitud y la disponibilidad fundamental de la persona que se siente llamada por Cristo y por la Iglesia?
- La Palabra de Dios al centro de esta Revisión de Vida: un fuego que devora: (Ex 3,1-12), (Jr 20,7-13), (Fil 3, 7-14). Iniciativa de Dios, respuesta de la persona (Mc 10,17-31) (Hch 7,20-38). Un envío en misión (Jn 20, 19-23. 15-19).
- El Padre Chevrier como guía: una atracción interior (VD 119-127), (L. 63, 211, 181). Conocer a Jesucristo (VD 113).

ACTUAR:

Después de compartir y de este discernimiento, ¿qué me pide el Espíritu Santo, qué me indica para «buscar» y acompañar a los discípulos y apóstoles que Dios llama a su misión?

- ¿Cuál es mi fe en el llamado de Dios y en la capacidad de la gente de poder responder a él?
- ¿A qué conversión estoy llamado, en mi testimonio, en mi lenguaje?
- ¿Quién puede ser llamado en las personas a quienes encuentro y de qué manera? ¿Cuál es mi decisión en este sentido?
- Invitación a la oración siguiendo el mandato de Cristo.
- ¿Qué pastoral vocacional para proponer el carisma mismo del Prado? ¿Para dar a conocer el seminario de Limonest? (Constituciones N°46).

Un tiempo de recogimiento puede concluir esta Revisión de Vida. Todos pueden expresar una oración personal en unas cuantas palabras.

EL PRADO, UNA VOCACIÓN ECLESIAL

Xosé Xulio Rodríguez

La última Asamblea General del Prado aborda o enuncia este tema en una de las cuatro recomendaciones que el Consejo General deberá trabajar y profundizar durante el sexenio 2007-13.

La Asamblea del Prado de España de 2008, se plantea también la misma cuestión, vinculada especialmente a los jóvenes pradosianos y al reto de proponer la vocación pradosiana al clero joven.

El Prado General abordó esta cuestión por primera vez en la reunión del Consejo General ampliado en febrero de 2009. Ahora se dispone a retomarla en una pequeña sesión con todos los Prados de Europa.

El Consejo del Prado de España también ha estudiado y reflexionado este tema y ha convocado a los pradosianos más jóvenes a un encuentro que se celebró en Ávila la última semana de agosto de 2011.

En parte, aunque no en su totalidad, la pastoral vocacional o la propuesta vocacional en el Prado, está en íntima relación con la situación que está atravesando la pastoral vocacional en Europa, especialmente en la referencia al envejecimiento de los sacerdotes, a la escasez de vocaciones y a la dificultad de proponer a la juventud de hoy la vocación a la vida consagrada.

Todo esto lo conocemos, lo estamos experimentando, está siendo además la gran preocupación de nuestros obispos y de nuestras diócesis y está empezando a ser o a crear una cierta inquietud en muchos de nuestros Prados, aunque muchas veces nos esforzamos por reflejar lo contrario o en confesar que lo importante no es el número ni ser una institución fuerte, sino realizar la misión. Todo esto es cierto, pero si Dios le ha confiado a la Iglesia y a nosotros en ella esta riqueza del carisma del Prado, hemos de procurar que la Iglesia conserve y haga crecer este patrimonio, tan necesario para el conocimiento de Jesucristo y la evangelización de los pobres.

1- UNA MIRADA A LOS PRADOS DE EUROPA.

- Grandes Prados : Francia, Italia, España
- Pequeños Prados: Portugal, Bélgica, Suiza, Austria, Alemania.

2- EL RETO DE PROPONER LA VOCACIÓN PRADOSIANA HOY.

Solemos decir que los sacerdotes jóvenes tienen sus reticencias respecto al Prado, que su sensibilidad y sus prioridades van por otros caminos, que la pastoral misionera y la opción por los pobres no son la prioridad en su vida o en sus planteamientos, que ellos se preocupan sobre todo de la liturgia desde el punto de vista de la estética, de una puesta en escena bien realizada.

También escuchamos que nosotros somos los que hemos intentado propugnar y plasmar un modelo de Iglesia, que las generaciones jóvenes consideran fracasado. Sería el modelo que sale del concilio Vaticano II, ahora que se cumplen 50 años. Mucho habría que matizar de una parte y de la otra con respecto al concilio sin caer en la descalificación o la apologética, sin situarse en dos bandos casi enfrentados a favor y en contra. Pero lo que es cierto es sin formularlo abiertamente estamos posicionados ante lo que podríamos llamar casi dos modelos de Iglesia, o también dos modelos de situarnos como Iglesia en medio del mundo y que las preocupaciones, las opciones y prioridades pastorales son bastante diferentes.

El Prado llega a España en los tiempos de la celebración del concilio y en los últimos coletazos de la dictadura franquista. En este contexto el Prado era visto para muchos como un balón de oxígeno de apertura, de novedad, de respuesta a los grandes desafíos que la Iglesia y los presbíteros tenían en esos momentos. El Prado resultaba atractivo y altamente estimulante para muchos sacerdotes que buscaban un camino de respuesta a los nuevos aires y a los nuevos tiempos que el concilio estaba inspirando.

El rostro del Prado que aquí se contempló, como es natural, fue el rostro del Prado de Francia, el único Prado que existía en aquellos momentos. El testimonio de aquellos pradosianos que venían

a España a acompañar las primeras sesiones de formación (S Saint Godens, Mons. Ancel, L. Magnin, Roger Servy...) resultaban admirables y hasta seductores, como hemos escuchado algunas veces a algunos de nuestros hermanos pradosianos de la primera generación. Esto mismo se experimentaba en las primeras participaciones de compañeros nuestros en sesiones y meses de formación en Limonest y un poco más tarde en los Años de Formación del Prado.

Hemos constatado el envejecimiento de los Prados de nuestro continente, íntimamente ligado al envejecimiento del clero en nuestras respectivas Iglesias. También la dificultad grande porque el Prado crezca en algunos países de Europa, en donde se encuentra estancado y sin nuevas incorporaciones desde hace ya algún tiempo...

Con frecuencia aducimos que la sensibilidad de las nuevas generaciones de presbíteros no va en la línea y en la dirección de lo que el Prado proclama e intenta vivir. La evangelización de los pobres, compartir la vida de los pobres, asumir sus luchas y esperanzas, vivir entre ellos y compartir su vida, vivir un estilo de vida pobre hoy no mueve ni entusiasmo como antaño... ¿Qué hacer pues ante esta nueva coyuntura?

No es fácil encontrar una solución o hacer unas propuestas que permitan que la gracia del Prado sea acogida y pueda enriquecer la vida de nuestras Iglesias y presbiterios. Hemos de pensar también que la imagen del Prado que hemos difundido en el último cuarto del siglo XX y lo que va de este siglo, deberá ser presentada tal vez en otros moldes o según un modelo tal vez un poco diferente, ya que estamos en otra coyuntura y hemos de responder a otros retos y situaciones que han cambiando mucho respecto a los problemas, situaciones y retos de los años 70, 80 o 90.

El alma, el espíritu del Prado permanece el mismo, pero su imagen, su rostro va cambiando con los tiempos y de estos hemos de ser siempre muy conscientes, y especialmente en estos momentos.

En este contexto y para responder a los nuevos retos no sólo hemos de mirar hacia fuera de nosotros, sino que es muy necesario también mirar hacia dentro, llegar a las raíces, al núcleo del carisma pradosiano que hemos heredado del P. Chevrier y que está plasmado en las Constituciones que nos hemos dado.

Nuestros Prados están llamados a verificar cómo cada Prado en su conjunto y los pradosianos personalmente estamos viviendo la vocación pradosiana a la luz de las Constituciones. Este ejercicio deberá ser una verdadera experiencia de fe y de conversión, una iluminación para renovarnos en nuestro compromiso pradosiano y ser testigos de la gran riqueza de esta gracia que hemos de transmitir hoy, marcando aquellos acentos que permitan a nuestros hermanos sacerdotes abrir su espíritu a la pasión que movió toda la vida ministerial del P. Chevrier: el conocimiento de Jesucristo y la evangelización de los pobres, de manera que los pobres lleguen a ser realmente discípulos y apóstoles de Jesucristo.

3- EL PRADO ES UNA VOCACIÓN ECLESIAL.

Nuestra preocupación como pradosianos no es hacer el grupo más numeroso, buscar tener un número mayor de adeptos y así fortalecer nuestro instituto y garantizar su viabilidad para el futuro. El Prado es una vocación que nace y crece en la Iglesia (C 7). El Prado es para la Iglesia y no para sí mismo. Esto es lo que hemos de transmitir y testimoniar cuando nosotros presentamos la vocación del Prado a nuestros hermanos sacerdotes, subrayando lo que la gracia del Prado ofrece y presenta a la Iglesia: Una atracción especial que nos lleva a conocer a Jesucristo, a configurarnos los más plenamente posible con él y a ir con él y como él al encuentro de los pobres para compartir su vida y ser testigos del Evangelio en medio de ellos por el poder y la fuerza del Espíritu (C 7).

El Prado sólo puede comprenderse profundamente enraizado en la Iglesia y participando de su misión. El Prado no tiene una misión particular ni unas obras particulares, sino que participa de la misión de la Iglesia pero acentuando una orientación que le es propia: evangelizar a los pobres haciéndonos discípulos de Jesucristo y trabajando por hacernos próximos y semejantes a ellos (C 25).

La Pastoral vocacional pradosiana, la misma propuesta de la vocación particular del Prado tiene su fundamento y su razón de ser en la misión de la Iglesia. El cumplimiento del mandato misionero de hacer discípulos, de vivir un ministerio centrado en el conocimiento y en la identificación con Jesucristo y la pasión por darlo a conocer al mundo y especialmente a los pobres, hace necesaria y urgente nuestro compromiso e inmersión en la pastoral vocacional en el seno de nuestras iglesias locales, presentando también la gracia del Prado como una posible llamada de Dios a vivir el ministerio al servicio de la Iglesia desde esta vocación específica.

En esta tarea los presbíteros y también los seminaristas deberán percibir y descubrir que nos mueve fundamentalmente el servicio a la Iglesia y que el Prado es para la Iglesia y que no está al servicio de un proyecto particular. Aquí tenemos, muy posiblemente, uno de nuestros grandes retos: mostrar una total implicación y estar en todo al servicio de la misión en nuestras Iglesias locales, como nos indican nuestras constituciones: “Los sacerdotes del Prado participan en todo lo que constituye la vida del clero diocesano desde el punto de vista material, espiritual y pastoral” (C 23).

Esta pertenencia e implicación total en la vida de nuestras Iglesias tiene su fuente en la ordenación que nos vincula como a todo presbítero a una Iglesia particular y a su presbiterio presidido por el obispo, que en la fe es también nuestro primer responsable y que a su vez es quien nos da la misión: “los sacerdotes del Prado reciben su cargo pastoral inmediatamente de la autoridad diocesana competente. En la fe, consideramos a nuestro obispo como nuestro verdadero responsable, depositario de la autoridad de Cristo Pastor” (C 24; 93).

La vocación del Prado no es patrimonio particular de los pradosianos sino un carisma, una gracia concedida a toda la Iglesia. La vida del Prado no se debe desarrollar como un asunto particular que concierne únicamente a los pradosianos. Nuestro reto es compartir y vivir este carisma en el seno de las comunidades cristianas y de nuestros presbiterios como un don y una gracia para toda la Iglesia.

Las constituciones nos invitan a abrirnos más allá de nuestra vida de equipo o de la vida de nuestros Prados diocesanos para que el presbiterio y las comunidades y grupos diocesanos participen de esta gracia y nos sostengan y estimulen a vivirla con mayor radicalidad. El pradosiano responde a la vocación del Prado no sólo por una atracción, porque el Prado responde a lo que a él le gusta vivir en su vida sacerdotal, sino sobre todo por vivir su vida desde el conocimiento de Jesucristo y al servicio de la evangelización de los pobres. Pero esta decisión y esta respuesta son también el fruto de la vida de la Iglesia, de diferentes miembros del pueblo de Dios que nos ayudan a encontrar este camino: “los diversos miembros del Pueblo de Dios, con los que colaboramos para que nuestras Iglesias locales puedan realizar la misión, nos ayudan a descubrir los caminos que hemos de tomar para poner en práctica en nuestras diócesis nuestra vocación particular. Ellos han de poder contar igualmente con nuestra fidelidad para realizar su propia vocación” (C7).

El Pueblo de Dios nos ayuda a descubrir nuestra vocación particular y al mismo tiempo nosotros tenemos la misión de ayudarles a descubrir su propia vocación, acompañarles en su búsqueda de tal manera que escuchen la llamada del Señor y puedan responder. Nuestros presbiterios son también una porción importante del Pueblo de Dios. En el seno de ellos vivimos nuestra vocación y en la comunión y fraternidad hemos de compartir este don buscando en ellos el apoyo y el estímulo para vivir nuestra vocación particular al servicio de toda la comunidad diocesana: “Pedimos a nuestros hermanos sacerdotes que nos sostengan en nuestra respuesta a la llamada a acercarnos a los pobres y a aquellos de lo que está alejada la Iglesia” (C 28).

¿Cómo vivimos la dimensión eclesial de nuestra vocación en el seno del Presbiterio y en nuestras Iglesias locales? Es importante profundizar y también transmitir que la vocación del Prado no es un asunto individual o de un pequeño grupo, sino que es un acontecimiento eclesial y que toda la comunidad cristiana y el presbiterio deberán promover, alentar y favorecer al servicio del crecimiento del cuerpo de la Iglesia.

La vocación del Prado tiene una especificidad en el seno de la vocación presbiteral. El P. Chevrier descubre y transmite en su ministerio que el sacerdote debe ser una persona que se ha de dejar conducir, modelar y configurar por Jesucristo en los misterios de la encarnación, la cruz y la Eucaristía.

4- EL SACERDOTE ES OTRO CRISTO.

Este es el título del cuadro de St. Fons que contiene la síntesis del ministerio sacerdotal tal como lo percibió y vivió el P. Chevrier. El la escribe en los muros de la casa de St. Fons para transmitirla a los seminaristas del Prado que serán futuros sacerdotes formados según este modelo.

Este título lo que pretende subrayar es la configuración e identificación total del sacerdote con la persona de Jesucristo. Es una bella imagen para mostrar cómo el sacerdote hace las veces de Jesucristo, representa y hace a Cristo presente en medio de la comunidad eclesial.

Este es sin duda el carácter fundamental y distintivo de la vocación pradosiana. Esta configuración con Jesucristo abarca y determina todos los demás elementos constitutivos de la vocación pradosiana. Esa es la forma que el llamado al Prado debe adoptar: el sacerdote es un hombre despojado, un hombre crucificado, un hombre comido, que se corresponde con tener los sentimientos del Hijo que se ha hecho siervo sufriente, hijo obediente y cordero inocente.

Esta configuración con Jesucristo la realiza el Espíritu Santo. Él es quien forma realmente en nosotros a Jesucristo y modela al cristiano y al sacerdote a imagen del Enviado del Padre, venido en carne que permanece con nosotros hasta el fin de los siglos.

He aquí el camino de la vocación pradosiana tal como el Prado lo ha recibido del P. Chevrier, con el reto de actualizarlo en los diferentes contextos históricos, culturales y eclesiales que nos toca vivir: “Nos esforzamos por hacernos más dóciles al Espíritu, que nos llama a seguir a Cristo en el pesebre, el calvario y el

tabernáculo. Estas son las etapas que han de recorrerse y los signos que deben darse para que los hombres puedan encontrar en su camino testigos de Jesucristo” (C 8; L 121).

La encarnación.

La configuración con Cristo en el misterio de la encarnación nos impulsa a abrazar la pobreza del Enviado, que *siendo rico por nosotros se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza* (2 Cor 8,9). Esta opción es fruto de la acción del Espíritu que abre nuestro corazón para seguir a Jesucristo que *siendo Hijo, tomó la condición de siervo* para hacernos a todos hijos (Flp 2,1-7). Es importante hacer la experiencia y tomar conciencia de que la opción por la pobreza es fruto del impulso y de la realización del Espíritu en nosotros que nos modela a imagen del Enviado del Padre: **“El Espíritu del Padre** nos modela según la condición del Siervo y nos impulsa a seguir a Cristo... Estamos seguros de que, mediante esta comunión en la manera de actuar del Verbo nos hacemos más capaces de anunciar el Evangelio a todos los hombres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, buenos o malos” (C 9).

La llamada y la decisión de configurarnos plenamente con Cristo en la encarnación es fuente de alegría y nos impulsa a descender, como el Verbo del Padre, a los suburbios de la humanidad para anunciar la Buena Nueva del Reino, que es todo un camino de iluminación y de esperanza. Este es el fundamento de la opción por la pobreza y de la inserción y encarnación en el mundo de los pobres: “Esta gracia que recibimos llenos de alegría, nos compromete en primer lugar a ir con Cristo al pesebre para allí hacernos pobres... Con el Niño de Belén somos enviados, como Iglesia, preferentemente a los abandonados de la sociedad, para abrazar amorosamente sus condiciones de vida: así podrán reconocer, a través de nuestro ministerio apostólico, la presencia de Cristo vivo y su grandeza de hijos de Dios” (C 9). Esta es la experiencia profunda del P. Chevrier en el ejercicio de la misión enraizada en el misterio de la encarnación: “Iré en medio de ellos y viviré su propia vida; esos niños verán más de cerca lo que es el sacerdote, y les daré la fe” (Cuadernos de Perrichon).

Encarnación: ir a los pobres, vivir su vida, reconocer la presencia de Cristo y conciencia de su grandeza de hijos de Dios.

El Calvario.

En todo el proceso vocacional, que dura toda la vida pero de una manera especial la etapa de discernimiento (Acogida y Primera Formación), tomamos conciencia de la acción formadora y recreadora del Espíritu Santo en nosotros que nos modela a imagen de Jesucristo y nos conduce a hacer su mismo camino.

Asumiendo y abrazando la cruz el Espíritu nos configura a imagen de Cristo, el **Hijo obediente**, que ha venido al mundo para hacer ante todo la voluntad del Padre que consiste en que los hombres que el Padre le ha dado tengan vida eterna y resuciten en el último día (Jn 6,38-39).

Este es un segundo rasgo distintivo que caracteriza la vocación pradosiana, el que lleva la marca de la cruz (1 Cor 2,2), siguiendo la inspiración del Espíritu que nos introduce por este camino.

La configuración con Cristo pasa por abrazar con alegría el camino de la cruz, como Pablo que no se gloria sino en la cruz de Jesucristo (Gal 6,14). Este ha de ser un rasgo sobresaliente de nuestra vocación y misión: “El Espíritu de Cristo nos llama a vivir hoy su obediencia filial al Padre, su plegaria de intercesión, su compasión por los pobres y los pecadores, su modo de anunciar la venida del Reino de Dios, su paciencia en la formación de sus apóstoles, sus combates liberadores contra el espíritu del mundo, los ídolos y la falsa religión” (C 10).

La cruz implica asumir la contradicción, la lucha contra el espíritu del mundo que se opone al Reino de Dios, como experimenta Jesús ya en los comienzos de su misión en Galilea (Lc 4,14-30) y también nosotros experimentamos tantas veces en el ejercicio del ministerio. No se trata de buscar el agrado o el aplauso de la gente, sino de realizar el proyecto de Dios, de vivir la obediencia de la fe que el mundo tiende a rechazar para hacer valer sus deseos y proyectos que se oponen al designio salvífico de Dios (Gal 1,10): “Esta vida apostólica comporta cargar alegre y amorosamente cada día con la cruz que proviene de la misión misma, de la solidaridad con nuestros pueblos, de una vida según el Evangelio y de la fidelidad a la Iglesia” (C 10).

Una misión que lleva en sí el sello de la cruz, de la contradicción, del conflicto, pero nunca como una fatalidad o una carga pesada, sino como la expresión de la alegría y del amor por realizar el designio de Dios, el cumplimiento de su voluntad, como ya hemos expresado más arriba. Es importante que consideremos estos cuatro puntos que señalan nuestras constituciones y que hemos de testimoniar para que la vocación pradosiana sea así percibida hoy: la misión misma, la solidaridad con nuestros pueblos, una vida según el Evangelio, y la fidelidad a la Iglesia. El sacerdote es, pues, un hombre crucificado.

El Tabernáculo.

El Espíritu Santo, que realiza en nosotros la plena configuración y comunión con Jesucristo, impulsa al pradosiano a reproducir en sí mismo la imagen de Jesucristo, el **cordero inocente** que ofrece su vida para que la humanidad tenga vida en abundancia. Es la comunión e identificación con Jesucristo en la Eucaristía. Esto hace que toda nuestra vida esté presidida por la caridad, por el amor hasta el extremo que convirtió a Jesús en el cordero inmolado, en alimento de vida eterna para la humanidad que le acoge en la fe y le sigue.

En este alimento ha de convertirse también el sacerdote; él, como Jesucristo, ha de llegar a ser buen pan para su pueblo. En esta entrega y ofrenda de toda su vida encuentra su plenitud y fecundidad el celibato, signo del amor total y gratuito de Jesucristo y expresión de nuestra caridad pastoral: “para que este amor llene totalmente nuestra vida y nuestro ministerio, somos llamados a vivir la castidad en el celibato” (C 11).

Este amor nos lleva a salir a buscar a las periferias, a las encrucijadas, a los márgenes para invitar a los pobres, marginados y despreciados a sentarse en la mesa del Señor. El que ha gustado la Eucaristía y ha sido llamado a hacer el memorial de Jesucristo experimenta la exigencia imperiosa de darse a los demás como alimento para el camino, como bebida de alegría, como ofrenda para la vida del mundo.

Somos muy conscientes de que por nosotros mismos no somos capaces de ser esa transparencia de Jesucristo hoy, de ser nosotros mismos también, como Jesús, personas eucarísticas. Es el Espíritu Santo quien nos transforma y modela a imagen de Jesucristo y nos convierte en pan para ser comido por nuestro pueblo: “El Espíritu de amor que brilla en Cristo resucitado, Pan de vida para todos los hombres, nos hará capaces de convertirnos en buen pan para el pueblo y, en particular, para los miembros de las comunidades que estamos llamados a edificar con los pobres” (C 11).

Ser buen pan para nuestro pueblo implica que nosotros mismos nos alimentamos también del pan de la Palabra y de Jesucristo pan de vida, para configurarnos y ser como él de tal manera que nuestro alimento sea hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra (Jn 4,35): “En el misterio de la Eucaristía, al comulgar de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, somos invitados a ofrecernos cada día en sacrificio, haciéndonos alimento de cuantos buscan una respuesta de amor, verdad y liberación definitiva: Tomaremos como lema de cridad esta palabra de Nuestro Señor: “Tomad y comed”, considerándonos como un pan espiritual que ha de alimentar a todos por la palabra, el ejemplo y la entrega” (C 11).

¿Cómo testimoniamos y reflejamos esta comunión con Jesucristo a través de la donación y entrega total de nosotros mismos, hasta llegar a ser verdadero alimento, pan que da vida a nuestras comunidades, a los pobres a quienes hemos de ofrecer la verdadera riqueza, el Evangelio de Jesucristo, que podrán leer en nuestras vidas, en la misión que realizamos y en la Eucaristía que presidimos?

Este camino que hemos descrito sucintamente y que todos conocemos muestra las señas de identidad de la vocación pradosiana, que nosotros estamos llamados a reflejar y a mostrar con nuestra vida en el ejercicio del ministerio: configurarnos con Jesucristo en la encarnación, la cruz y la Eucaristía y llegar a ser hombres despojados, crucificados y comidos (totalmente entregados). Esto es lo que el P. Chevrier quiere mostrar con la expresión tan profunda y sugerente: “sacerdos, alter Christus”: el

sacerdote es la imagen viva, el icono, el sacramento de Jesucristo. Esta comprensión del ministerio es otra manera de expresar la centralidad de Jesucristo en la vida del sacerdote. El P. Chevrier formula este camino a partir de la mirada teológica sobre Jesucristo a quien él ha tomado como Maestro y modelo desde la Navidad de 1856. El apóstol para configurarse plenamente con Jesucristo en la encarnación, la cruz y la Eucaristía, deberá hacer el camino del discípulo, que tiene su punto de partida, su principio dinámico en el conocimiento de Jesucristo. Conocimiento que produce el amor y lleva al seguimiento. Esta conjunción plena entre el camino del discípulo y del apóstol se expresa también en la convergencia plena entre el Cuadro de St. Fons y el VD. Dicho con otras palabras, *Sacerdos alter Christus* tiene el mismo dinamismo y proyección que conocer a Jesucristo es todo, es decir, apuntan en la misma dirección. El mismo P. Chevrier expresa esta convicción en el Primer Reglamento de los sacerdotes del Prado: “Tomamos como divisa estas palabras de los Santos Padres: ‘*Sacerdos alter Christus*’, para recordarnos constantemente que nuestro gran deber es configurar toda nuestra vida a la de Jesucristo, nuestro Modelo” (1º Reglamento de los Sacerdotes del Prado).

5- CONOCER A JESUCRISTO LO ES TODO.

Para llegar a ser como Jesucristo, un hombre despojado, crucificado y comido, el pradosiano deberá hacer el camino del discípulo y adentrarse en el conocimiento de Jesucristo que le llevará a amarle y seguirle más de cerca hasta hacerse lo más semejante posible a él.

Con nuestra vida y propuesta vocacional hemos de mostrar que todo arranca del conocimiento de Jesucristo, como el mismo P. Chevrier ha hecho y repetido reiteradamente: “todo se contiene en el conocimiento que tengamos de Dios y de nuestro Señor Jesucristo. Ningún estudio, ninguna ciencia, ha de ser preferida a ésta. Es la más necesaria, la más útil, la más importante, sobre todo para aquel que quiera ser sacerdote, su discípulo. Porque sólo este conocimiento puede hacer sacerdotes” (VD 113). Esta convicción tan profunda reflejada en el VD aparece también en una carta a los cuatro seminaristas que estaban terminando su formación en

Roma: “Creced en el conocimiento de Jesucristo, porque esa es la clave de todo. Conocer a Dios y a su Cristo: en eso consiste todo el ser del hombre, del sacerdote, del santo” (L 105).

El conocimiento de Jesucristo es la clave de todo y es la matriz de la vocación y misión del Prado: “¿No estamos aquí para esto y nada más que para esto, para dar a conocer a Jesucristo y a su Padre, y darle a conocer a los demás... Saber hablar de Dios y darle conocer a los pobres e ignorantes, eso es nuestra vida y nuestro amor” (L 181). Para avanzar y progresar en este conocimiento es necesario adentrarse en el Estudio del Evangelio.

El Estudio del Evangelio.

El estudio de Nuestro Señor Jesucristo configuró la existencia del P. Chevrier, como hombre, discípulo y catequista de los pobres. Este mismo estudio ha de marcar y configurar la vida de los pradosianos, centrándola y unificándola en conocer y dar a conocer a Jesucristo. El Estudio del Evangelio es una gracia, un don del Espíritu que nos hace capaces de actuar como discípulos y servidores del Evangelio. Por esta razón ha de ser también nuestro primer trabajo.

Las constituciones, que reavivan el dinamismo y la vigencia de esta vocación como una realidad actual y dinámica, nos invitan a sumergirnos con gozo en el Estudio del Evangelio, pues en él se encuentran todos los tesoros de la sabiduría: “Para progresar en el conocimiento de Jesucristo nos comprometemos a estudiar habitualmente el Evangelio y a encarnarlo en nuestras vidas... Dedicaremos un tiempo considerable a este estudio espiritual... Haremos de este estudio un verdadero trabajo que tenga en cuenta la totalidad de la Escritura. Lo realizaremos en la simplicidad de la fe, según la tradición de la Iglesia, sintiéndonos unidos a los pobres, cuya vida compartimos” (C 37).

Es importante volver sobre algunas insistencias tan claras y provocativas, que todos conocemos y que son un gran desafío a nuestra fidelidad a la vocación y a la gracia recibida: Estudiar habitualmente el Evangelio; dedicarle un tiempo considerable;

hacer de este estudio un verdadero trabajo. Un estudio en profundidad, en toda la Escritura, en la simplicidad de la fe, según la tradición de la Iglesia y en unión con los pobres.

¿Cómo alimentamos los pradosianos nuestra vida de fe a través de este estudio y también nuestra acción pastoral? Un Estudio realizado en este marco y con estas condiciones se convierte en una verdadera escuela donde el discípulo se introduce cada vez en el conocimiento, el amor y el seguimiento de Jesucristo, llegando a la comunión con él. Estamos llamados a hacer el camino que el P. Chevrier proponía: “Que vuestro afecto se dirija sobre todo hacia Nuestro Señor Jesús, a quien ya debes tomar por modelo en todo. Habitúate ya desde ahora a amar mucho a Nuestro Señor y, sobre todo, a estudiar su vida, sus dichos, sus virtudes, para poder imitarle... Estudiar a Jesús para imitar a Jesús” (L 13).

¡Cuán necesario es este estudio para poder realizar bien la misión recibida y para reflejar en nuestras vidas los rasgos de Jesucristo!: “Este llamamiento a reproducir en nuestras vidas los rasgos distintivos del Salvador nos exige dedicar mucho tiempo a la contemplación, al Estudio del Enviado del Padre. Para poder alcanzarlo, todo nuestro trabajo consistirá en, guiados por el Espíritu, estudiar a Jesucristo tal como se nos revela en las Escrituras y en la vida de la Iglesia” (C 12).

Contemplar a Dios en la vida de los hombres.

El Estudio de Jesucristo en las Escrituras se complementa en el ejercicio de la misión pastoral, donde estamos llamados a contemplar también la vida de la Iglesia y la vida de los hombres a la luz del Espíritu y así vamos permitiendo que él forme a Jesucristo en nuestras vidas en el ejercicio de la misión (C 13). La llamada a la plena comunión con Jesucristo y a reproducir sus rasgos de Buen Pastor en el ejercicio del ministerio nos lleva también a compartir la vida de los pobres y abrazar la pobreza para poder anunciar mejor y dar a conocer a Jesucristo: “El Espíritu Santo nos apremia a compartir la vida de los pobres la tierra y descubrir en sus rasos el rostro de Cristo, para poder acoger, en los pueblos a los que somos enviados, el Evangelio que tenemos el encargo de

anunciarles” (C 14). Un medio muy importante para este ejercicio pastoral y espiritual es la Revisión de Vida y también el Cuaderno de Vida.

6- LA MISIÓN.

Al servicio de la evangelización de los pobres.

El Prado no tiene una misión propia, sino que su misión es la de la Iglesia, la evangelización de los pobres. El no puede sustituir a la Iglesia Diocesana en su búsqueda de nuevos caminos para evangelizar a los pobres. Su tarea consiste en recordar permanentemente esta prioridad en nuestras Iglesias. Nuestra colaboración y misión puede definirse como un memorial del encuentro gozoso de los pobres con Jesucristo que interpela la conciencia de todos y mueve las energías de todo el pueblo de Dios, de manera que los pobres puedan celebrar gozosos el banquete del Reino de Dios.

Todos sabemos que “el Prado no tiene un método propio de apostolado, pero sí una orientación apostólica que nos debe caracterizar: evangelizar a los pobres haciéndonos discípulos de Jesucristo y trabajando para llegar a ser parecidos a ellos. Esta es nuestra manera de colaborar en la tarea pastoral de nuestros obispos” (C 25). La evangelización de los `pobres, la inserción en sus vidas y en sus luchas y preocupaciones nos hace entrar en el camino del discipulado, en seguir a Jesucristo más de cerca para realizar su propia misión. Esto nos lleva, “en caso de necesidad, a ofrecernos voluntarios para trabajar en la evangelización de los pobres en diócesis y países donde las necesidades sean particularmente clamorosas” (C 27).

El Prado, como hemos dicho, ha de reflejar en el quehacer apostólico de sus miembros el memorial del encuentro gozoso de los pobres con Jesucristo. “Por esta razón la Asociación de sacerdotes del Prado debe también, como institución, buscar y proponer iniciativas misioneras en función de las necesidades de los pobres, con el fin de que el Pueblo de Dios viva más el amor preferencial de Cristo hacia ellos” (C 18).

Un medio muy importante e indispensable para la evangelización de los pobres será la Formación de apóstoles entregados a esta misión.

Formar apóstoles pobres para los pobres.

Un gran desafío y una exigencia de nuestra vocación pradosiana es la formación de apóstoles pobres para los pobres. Es importante detenernos a reflexionar y revisar cómo cultivamos esta dimensión en nuestra misión evangelizadora. En esto el P. Chevrier es un buen guía y una referencia a tener en cuenta constantemente, como podemos meditar en nuestras constituciones: “El P Chevrier tuvo una especial preocupación por preparar al sacerdocio a algunos jóvenes que no podían ir al seminario para hacer de ellos unos sacerdotes pobres, crucificados según Nuestro Señor y destinarlos a obras que exigieran una mayor entrega”(C 19).

He aquí un gran reto para el Prado hoy: la formación de sacerdotes y de otros apóstoles y catequistas para los pobres. Es una tradición que ha caracterizado el devenir del Prado en toda su historia y que en ciertos países deberá buscar nuevas vías de realización en circunstancias tan cambiantes y tal vez complejas y menos favorables que en otro tiempo: “La Asociación de Sacerdotes del Prado debe sentirse especialmente responsable de suscitar y formar sacerdotes pobres para los pobres, de entre los mismos pobres, en la medida de lo posible” (C 19). Pero no se trata de formar sacerdotes únicamente, sino también otros apóstoles, catequistas, verdaderos testigos de Jesucristo en su condición laical: “la Asociación de sacerdotes del Prado tiene la preocupación constante de formar de diversas maneras apóstoles pobres para la evangelización de los pobres, capaces de anunciarles el Evangelio y de acompañarles en la búsqueda de Dios” (C20).

La vida fraterna.

El ejercicio de la misión, la formación de apóstoles no es una tarea individual, reclama una acción comunitaria, una fuerte experiencia de comunión y de vida fraterna. Sólo en fraternidad podremos vivir con fidelidad nuestra vocación pradosiana y proponerla a otros hermanos: “la vida fraterna es, pues, en ciertas formar comunitarias, constitutiva de nuestra vocación pradosiana y de

nuestra misión” (C 66). Es una vocación que exige un trabajo y una respuesta que han de ser comunitarios, pues nadie puede realizar por sí mismo la obra de Dios, sino en colaboración y comunión con otros: “Nuestra vocación apostólica exige que trabajemos con los demás bautizados en el servicio de congregar al nuevo Pueblo de Dios” (C. 66).

Nosotros somos conscientes de que necesitamos de los hermanos para vivir nuestra vocación y realizar nuestra misión. De la misma manera nuestra contribución y nuestro servicio pueden ayudar a otros en su camino de discípulos y de apóstoles. Por esta razón los pradosianos hemos de estar muy abiertos para acoger a nuestros hermanos: Por esto “acogemos con alegría a los compañeros a los que el Espíritu Santo comunica esta misma inclinación y nos sentimos llamados a buscar con ellos cómo ser signos vivos de Cristo” (C 15).

La vida fraterna en el Prado no se reduce a la vida de los equipos pradosianos, sino que somos llamados a vivirla y testimoniarla en medio de nuestro presbiterio y al servicio de la misión de evangelizar a los pobres en nuestras Iglesias locales, siendo apóstoles de una vida fraterna que será el fruto de la misión que realizamos conjuntamente: “Contribuiremos activamente al desarrollo de la renovación espiritual e intelectual del clero, así como del espíritu fraternal, la cooperación pastoral, el compartir la vida, la vida común, la ayuda mutua y la solidaridad entre sacerdotes” (C 68).

CONCLUSIÓN

Este es el rico patrimonio que el Prado puede ofrecer y proponer a nuestras Iglesias y presbiterios en la humildad y fragilidad de nuestra respuesta a la llamada de Dios, con todas las ambigüedades y también con la entrega y la respuesta generosa y comprometida de tantos hermanos que procuran vivir el ministerio en comunión con Jesucristo, en el espíritu del Cuadro de St. Fons y aunando en sus vidas esta intuición del P. Chevrier: El Sacerdotes es otro Jesucristo, o lo que es lo mismo, todo se encierra en el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

WHD



**SESIÓN DE PASTORAL
VOCACIONAL II
Medellín, Colombia
Del 21 al 30 de enero 2015**

www.elverdaderodiscipulo.org.mx
prado.mexicano@gmail.com